

ASENSIO SÁEZ: UN MODERNISTA TARDÍO EN LA UNIÓN

ASENSIO SÁEZ: A LATE MODERNIST IN LA UNIÓN

José Belmonte Serrano

José Belmonte Serrano, Universidad de Murcia, jbs@um.es

RESUMEN

Asensio Sáez, escritor y pintor nacido en La Unión en 1923 y muerto en esa misma ciudad en 2007, es uno de los más importantes representantes en la Región de Murcia de lo que podríamos denominar el modernismo tardío. Así se refleja en su pintura, en su única novela publicada y en buena parte de sus cuentos, publicados, desde bien temprano, en revistas locales y nacionales y también en antologías. El lirismo de su prosa, las originales y espléndidas imágenes que utiliza, su rico y variado lenguaje, repleto de bellas imágenes, hace que Asensio Sáez pueda ser considerado como un brillante epílogo del modernismo tardío, cuando la literatura de los primeros años de la posguerra va por otros derroteros.

Palabras clave: Asensio Sáez, Modernismo tardío, La Unión, Literatura y pintura

ABSTRACT

Asensio Sáez, a novelist and artist born in 1923 in La Unión, where he also died in 2007, is one of the most important representatives in the Region of Murcia of what could be termed late modernism. This is evident in his paintings, his only novel and in many of his short stories, published from a very early date in local and national magazines and anthologies. The lyricism of his prose, the splendid original imagery he uses, his rich and varied use of language, filled with beautiful images, leads us to consider Asensio Sáez as a brilliant epilogue of late modernism when the literature of the early post-war years follows a different course.

keywords: Asensio Sáez, Late modernism, La Unión, Literature and art

1. INTRODUCCIÓN

En un artículo aparecido en la revista *Nueva Estafeta* en mayo de 1983, su autor, Jacinto López Gorgé, titulaba del siguiente modo su reseña: “Un marciano en La Unión”. Es probable que se trate, sencillamente, de una errata. Que hubiera querido poner, como es lógico, la palabra “murciano” o no “marciano”. Nos consta que Asensio Sáez celebró mucho el posible error no sólo quitándole importancia, sino buscándole las razones de ese cambio tan sustancial. Sin embargo, hay algo de verdad en el hecho, un tanto humorístico y extravagante, de llamarle “marciano” a nuestro autor. Quienes tuvimos la suerte de conocer a fondo no sólo su obra, sino también la figura humana de Asensio Sáez, sabemos que siempre dio la sensación de ser un personaje fuera de su tiempo, instalado en otra época

y otro ambiente. Le gustaba conversar sobre lo que había sido La Unión a finales del siglo XIX, y también durante las dos primeras décadas del XX, antes de que la crisis de la minería se lo llevara todo por delante y que la Guerra Civil dejara su huella atroz en las vidas de sus habitantes.

La reacción lógica de un artista como Asensio Sáez, dotado de una gran sensibilidad y de una enorme inteligencia, amante de su pueblo, del que fue cronista oficial, y de sus gentes, persona buena y comprometida, no fue otra que refugiarse en la literatura, lugar donde resucita esa época pretérita de fiestas galantes, repletas de colorido. En una de sus obras más conocidas y citadas, *Libro de La Unión*, Asensio Sáez, con la habilidad y la consumada técnica que le caracteriza, hace un recorrido por el paisaje y el paisanaje —en suma, una biografía en toda regla—

la que él denomina “una ciudad alucinante”. Describe, con morosidad lírica, aquellos primeros años de alegría desbordante en los que el abundante trabajo que proporciona la minería permitió levantar casas de mucho renombre:

“En las calles con olor a yeso van surgiendo, entre las jaulas de los andamiajes, los edificios de rango y empaque, y siempre hay un grupo de espectadores que gustan del comineo de las obras: vigilan y acechan celosamente el medrar de las paredes, la calidad de los materiales empleados, la lentitud de los oficiales y peones, el garbo de las fachadas, de las molduras, de las cornisas... (44).

En ese mismo libro antes citado, sin duda alguna buque insignia de toda la producción de Asensio Sáez, en sus páginas finales, en el capítulo que lleva el expresivo título de “La Unión, ciudad fantasma”, nuestro escritor nos da cuenta de lo que fue el final de un sueño que hizo felices, durante algunas décadas, a estos habitantes. El panorama no puede ser más desolador. Asensio Sáez no pretende sorprendernos con su pluma a base de golpes de efecto, ni busca que nadie le compadezca. Muy al contrario, existe un fondo netamente elegiaco y en el que se intuye la desolación y el dolor contenido del propio artista que evoca ese instante, como se puede observar en las siguientes y magistrales líneas:

El éxodo, la huida acuciante. Sólo quedarían aquí los obstinados que esperaban el milagro bíblico de una resurrección o los que amaron siempre de veras la ciudad, los fieles a la emoción de muchos días, al recuerdo que se aferra a las paredes y al corazón, atado para siempre a la tierra; seres que ya no son capaces de construir un solo día lejos de su paisaje cotidiano, y lo resisten y acatan todo a cambio del ámbito poseído. Como sombras expectantes, como pobladores irreales de un mundo de ruinas, pasaban una y otra vez por lo que hasta ayer fue una amplia avenida y hoy era un puñado de cascotes; acariciando la memoria de las horas felices, complaciéndose en la evocación del pasado inmediato, dichoso, para referirlo enseguida a la desolación del momento (181).

En una monografía de José Alfonso Pérez Sánchez dedicada a Asensio Sáez, cuando se lleva a cabo la consiguiente contextualización para situar al escritor unionense en la época en la que le tocó vivir, se hace un pormenori-

zando balance de las dos grandes etapas por las que pasa este pueblo minero: desde el esplendor durante la década de los setenta del siglo XIX, cuya economía favorable permite un rápido crecimiento demográfico y la inauguración del alumbrado público, el juzgado de primera instancia y un tranvía a vapor que unía por ferrocarril Cartagena con La Unión, hasta sus instantes más delicados y críticos en los primeros años del siglo XX, con continuas huelgas e instantes repletos de dramatismo, que se traducen en una sustancial disminución del número de minas, que pasan de 1.151 a tan sólo 400 que permanecen abiertas. Una y otra circunstancia está recogida en la obra literaria y también en la pintura de Asensio Sáez. Cuando posa su mirada en la época más feliz, nuestro autor pone en pie nuevamente sus más famosos cafés cantantes, ese ambiente entre alegre y perverso de las noches locas unionenses en las que nadie era capaz de imaginar lo que les esperaba en el futuro.

2. EPÍGONO DEL MODERNISMO

La biografía de Asensio Sáez, que consideramos clave para entender su obra artística y también literaria, así como su actitud estética, hasta hace unos años, ha estado plagada de errores. En nuestro estudio preliminar, de 1986, de sus cuentos, llevamos a cabo un breve recorrido en el que se incluyen algunos de los datos más destacados de esa biografía que arranca en La Unión un 27 de febrero de 1923. Conviene aquí recordar que el padre del Modernismo literario, Rubén Darío, había muerto hacía tan sólo unos años, en 1916, dejando tras de sí una estela de discípulos y seguidores que proliferaron muy especialmente en España, nación especialmente querida por el escritor nicaragüense. La influencia de Rubén tardó mucho tiempo en desaparecer, a pesar de que ya se vislumbraba un nuevo despertar poético que tuvo como referente en nuestro país a una de las más grandes figuras de la primera mitad del siglo XX: Antonio Machado.

En la Región de Murcia, durante esos últimos años del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo siguiente, no hubo destacadas figuras dentro de la tendencia modernista en la literatura. Aunque, si hemos de ser justos, sí es preciso referirse a Eliodoro Puche, el poeta lorquino que, de alguna manera, representó el ejemplo más cercano para Asensio Sáez en una época en la que aún no era fácil el acceso a la literatura que se fraguaba en los cafés y

los cenáculos de Madrid o de París en donde se reunían quienes pretendían transformar la literatura en un arte nuevo, alejado de la estética precedente. Eliodoro Puche, nacido en 1885 y cuya vida se prolonga hasta 1964, había residido en Madrid donde se había codeado con los más importantes poetas de su tiempo, y también con los llamados poetas del arroyo, esos escritores que no tenían donde caerse muertos, como Armando Buscarini, Alejandro Sawa o Pedro Luis de Gálvez a los que, a través de la ficción, ha vuelto a poner en boga Juan Manuel de Prada en la que pasa por ser su mejor novela, *Las máscaras del héroe*.

Eliodoro Puche es, como ya se dejó indicado, el ejemplo más cercano de Asensio Sáez, siempre atento, desde su juventud, a todos los movimientos literarios, a todas las tendencias de dentro y de fuera de la región, a pesar de su retiro unionense, donde ejercía la labor de maestro de primeras letras. Puche representa, de alguna manera, la correa de transmisión entre la poesía de autores como Rubén Darío y Paul Verlaine y esos otros escritores, como Asensio Sáez, que no pudieron permitirse vivir más cercanamente aquello que se cocía en las grandes capitales. Eliodoro Puche, conviene recordarlo, cultivó con ahínco una poesía cercana a Rubén durante la segunda mitad de la primera década del siglo XX. Muy poco después nació Asensio Sáez.

La amistad con la escritora unionense María Cegarra sería clave para el devenir literario de Asensio Sáez. En la aludida introducción a sus cuentos recogemos las siguientes palabras de la autora de *Cristales míos* a propósito de su amigo del alma y su vinculación con la ciudad minera:

Sus ojos despertaron en La Unión, y esto ya es una inquietud para su espíritu, un estupor en su mirada descubridora, un pasmo en las sienas buceantes. Porque La Unión es un trozo de tierra rebelde al río discurridor, a la cascada sutil y femenina, al bosque acogedor y rumoroso, al verde tierno y suave de las praderas... (13).

El padre de Asensio Sáez posee un comercio de ultramarinos en La Unión. Un local que se habría de transformar en librería años después, regentada por sus dos hermanas y el propio autor. De ese ir y venir de la gente habría de aprender parte del lenguaje que recoge en sus relatos y en sus obras ensayísticas. Fue un oído atento a todas esas historias

que se contaban en el establecimiento, a las que él añadía su propia inventiva, su toque personal que le confería esa necesaria literariedad para poder funcionar como obra artística. Asensio Sáez ha escrito muy poco sobre sí mismo. En su única novela publicada, *Vivir no era una fiesta*, encontramos un breve texto con algunos datos biográficos en los que se recogen unas esclarecedoras palabras del propio escritor, no desprovistas de humor e ironía, aparecidas en su día en el catálogo de una exposición celebrada en la Galería murciana Chys:

Entendiendo un día que un hombre importaba más que un cuadro o un poema, remití a la alacena pincel y pluma, y me dediqué ilusionadamente, apasionadamente, a la enseñanza, o sea que me pasé, porque a la vista de los resultados conseguidos —moto, porro, pintada y discoteca como saldo de favores por parte del alumnado— entra ahora uno en la sospecha de que, precisamente, con más cuadros y más poemas, a lo mejor las cosas hubieran funcionado de otro modo (41).

Cuatro esquinas, libro de poesía, con prólogo de Carmen Conde, impreso en los Talleres Gómez de Cartagena el 14 de enero de 1950, supone la primera obra de Asensio Sáez, que por entonces firma como Ascensio Sáez García. Las ilustraciones que acompañan estos versos también son del autor. Toda una declaración de intenciones de lo que habría de ser su trayectoria literaria en los años y décadas siguientes.

En los poemas que componen este breve volumen se aprecia de manera nítida esa estética de gusto modernista que Asensio Sáez parece querer recuperar, echando mano, en primer lugar, de una composición cuyos versos no se atienen a regla alguna, prevaleciendo en ellos la libertad absoluta del poema. La estética modernista está, sobre todo, en los temas elegidos y, de manera más acusada, en el lenguaje y las rotundas imágenes que emplea. En el poema con el que se abre el libro, "Hoy sin tí", encontramos un claro ejemplo en los versos finales:

Te busco en los veranos
de los mismos huertos de palmeras
y el hueco de tu traje,
de tu voz, en lo verde del aire
que duele como el filo de una joya.
Oyendo la lenta,
tremenda música del agua, te nombro.

Ausente de lo que tú no seas.
Vestido en el olor que dejaste.
Fantasma amarillo de tu espacio.
Prisionero del hielo en que te llamo.
Y tú no acudes.

Asensio Sáez comparte aquí con ese Modernismo que no parece haber finiquitado aún, el culto por la belleza, las imágenes hermosas y exquisitas, y, sobre todo, ese amplio despliegue sensorial y el gusto por la sinestesia. Asensio Sáez es un autor que nunca renunció a sus raíces profundamente cristianas. El Modernismo, junto a sus habituales temas en los que se exalta lo exótico, haciéndose eco de lo legendario y lo pagano, en su huida de la realidad cotidiana, también abraza ciertas ideas del cristianismo. La última parte de la que está compuesto *Cuatro esquinas* lleva por título “Dios”, y está representada por los poemas “Oración”, “En lo inevitable”, “Dios me perdona”, “He de amar”, “Creación” y “Escena de Belén”.

En la poesía de Asensio Sáez están ausentes las ninfas de antaño, los valientes caballeros y las finas marquesas que habitan en las obras de Rubén. No faltan, sin embargo, las dulces novias, enmarcadas en una estampa del ochocientos que nuestro poeta describe así en sus inicios: “Telón azul. La luna más gris que ahora, con su inmenso, terrible mantilla de encaje, sinos de nieve y harina en la palma de la mano, y en los dedos grandes anillos con sus iniciales” (18).

En *Cuatro esquinas* hallamos, asimismo, un hermoso poema muy del gusto de Paul Verlaine: el titulado “Nube de verano”, que comienza con estos versos: “Llueve/ el agua/ repica en la tierra agrietada”. Salta a la vista su relación con la conocida composición del poeta simbolista francés que se inicia: “Il pleure dans mon coeur/ Comme il pleut sur la ville:/ Quelle est cette langueur/ Qui pénètre mon coeur?”.

Asensio Sáez publicó una única novela a lo largo de su vida. Se dedicó, como ya se dejó indicado, sobre todo, al cultivo del relato corto y, en sus ratos libres, también a la pintura y al collage que le llevó a exponer en las más conocidas salas de Murcia y Cartagena hasta pocos años antes de su muerte. En este último apartado, Páez Burruezo destaca su faceta de “excelente ilustrador”. Y cita como destacado ejemplo los dibujos realizados para la edición de las obras completas del alicantino Gabriel Miró. Y añade:

La pintura de Asensio Sáez, de fondo surrealista y lenguaje académico, tiene el calor nostálgico de la remembranza y de una realidad vivida en sueños que escapa a otros tiempos pasados, quizá a la búsqueda de ese pasado cuando su ciudad, La Unión, tuvo un periodo floreciente. Un bello tema en el que culmina todo su lirismo es el de los retratos de niños” (350).

De esa cita nos interesa destacar aquí esa “realidad vivida en sueños” y, sobre todo, ese deseo constante, tanto en la obra literaria como en la pictórica, de huida a tiempos pretéritos en donde nuestro escritor y pintor parece hallarse mucho más cómodo, más adaptado a su manera de ser. Ese constante recurrir a la memoria parece ser la mejor válvula de escape para quien no parece estar de acuerdo con el tiempo que le ha tocado vivir y añora un pasado repleto de esplendor en el que una ciudad, su ciudad de La Unión, tiene algo de pequeño París repleto de colorido y *joie de vivre*.

Pero regresemos nuevamente a su única novela, que lleva por título *Vivir no era una fiesta*. Es una novela que podríamos calificar de breve puesto que está compuesta de poco más de un centenar de páginas. Con ella obtuvo, en 1981, el prestigioso premio “Gabriel Sijé” de Orihuela. Para lo que en este trabajo nos importa, cabe destacar, en primer lugar, el hecho de que gran parte de la acción del relato transcurra en un lupanar. Esta circunstancia acerca la novela de Asensio Sáez a esa estética modernista a la que nos hemos venido refiriendo en estas páginas. La Lola, una de las damas del ramo, “una perdida”, decide confesarse y dae cuenta de su historia al cura de turno. No están ausentes los rasgos decididamente realistas teniendo en cuenta que el principal escenario es un prostíbulo y que sus inquilinas son, en la mayoría de los casos, de baja extracción social. La Polvorones, “pechugona, pavona, cada día más desabrida y mustia” (79) o la Gallega, “menuda, fina, sinuosa, un día menoscabada por el soldado Vicente al pie del hórreo” (79), no dejan de ser representantes de una España analfabeta e ignorante que pasa por estos trances por la falta de oportunidades para conseguir un trabajo digno. El modernismo de esta novela se deja ver no sólo en el contexto en el que se desarrolla la obra, sino, asimismo, en esas descripciones con las que Asensio Sáez nos hace

ver con nitidez ese mundo falso y decadente en el que se mueven sus personajes, que intentan disimular su condición a base de unas apariencias que siempre engañan. Así sucede, por ejemplo, con la Yolanda, que el escritor unionense describe de la manera siguiente:

La primera en presentarse a la cita fue la Yolanda, con su blonda cabellera descansando sobre el hombro, impecablemente vestida de blanco, como siempre; mujer blanco de muchos blancos que era, nieve o harina, papel de barba, blanco de cinc, de titanio o de plata, envuelta en aquellos albos chales de poco peso, en aquellas aligeras gasas que cualquier soplo, una leve corriente de aire establecida entre la puerta de entrada y el país de su abanico, por ejemplo, las hacía despegarse, deslizarse, flotar perezosamente, como tomadas a cámara lenta (78-79).

De entre toda su obra ensayística, vamos a destacar aquí, por su directa relación con la estética modernista, su libro *Parte de Murcia*, aparecido en 1979. Es un volumen recopilatorio de textos aparecidos con antelación en periódicos como *Línea*, *La Verdad*, *ABC*, *Arriba*, o conocidas revistas de la época como *Blanco y Negro*. En los temas locales, Asensio Sáez parece sentirse más en su salsa. Es lo que conoce. Lo que ha vivido en sus carnes. Nos habla del escultor Salzillo, de su querido Mar Menor, del Cante de las Minas, de la Huerta, de la Semana Santa, de los trovos y los troveros. Lo importante aquí no son los temas elegidos, sino el lenguaje con el que recrea y reviste esos temas. Asensio Sáez escribe, conviene recordarlo, para un periódico. Tiene que ser, por lo tanto, breve y, sobre todo, muy recatado en su lenguaje. Hace literatura, pero una literatura que pueda ser entendida por todos. Aun así, su constante búsqueda de la armonía, de la perfección en el lenguaje, de la belleza de las imágenes empleadas, le obliga a batirse a fondo, aunque se halle ante una realidad cotidiana que invita, más bien, al más puro realismo. Véase, si no, un ejemplo, extraído de un texto en que se habla de un tema sencillo, poco dado a la recreación literaria, como es la cerámica popular: “Azul sobre blanco. Pájaro, flor, rama. Vísperas de bodas se mandó a decorar, gentilmente, la loza: ‘Soy de Fulanita de Tal. Año 1867’. Cuidado, andando el tiempo, no romper el encanto, el aura romántica, echando cuentas no excesivamente galantes...” (54).

En sus cuentos hallamos los ejemplos más claros de la relación de la literatura de Asensio Sáez con el Modernismo. Es el género que con más ahínco cultivó nuestro autor. Se cuentan por centenares los relatos aparecidos en revistas, periódicos, antologías, etc. Se trata de cuentos de sabor clásico, por lo general de mediana o corta extensión, en el que no falta una bien forjada trama, un argumento sólido y unos personajes bien perfilados. Sin embargo, lo que más destaca es, sobre todo, ese deseo explícito del autor de ofrecer a sus lectores un lenguaje repleto de bellas imágenes coloristas y de efectos sonoros. Abunda en estas páginas la melancolía, el paisaje otoñal, los atardeceres, lo crepuscular, etc. Pero sin renunciar a temas más cotidianos y de actualidad, como el cine, la delincuencia callejera, la conversación entre amigas, la exaltación de determinados oficios en trance de desaparición, etc. En relatos como “Cae la tarde”, publicado en las páginas de *La Verdad* en 1962, y recogido en su libro *Cuentos*, Asensio Sáez despliega ese lenguaje que tanto le distingue con el que hace una decidida apuesta por la exaltación de la belleza, como se aprecia en el arranque mismo del aludido relato en donde pone sobre el tapete sus cualidades de pintor:

Algo de yema confitada, de bola de azúcar, tenía el sol en aquella hora de la tarde en que las sombras de las cosas, alargadas sobre la tierra, parecían corresponder a figuras pintadas por el Greco.

El sol, camino del horizonte, como la moneda camino de la raja de la hucha, dejaba caer sobre las fachadas su unto melado, confiteril; su dulce luz amortiguada y madura. Entonces las pobres casas de la calle semejaban transfigurarse en una belleza inesperada y fugaz, que parecía no iba a repetirse nunca; algo así como si al harapos de los sábados que solicitaba su limosna de puerta en puerta, se le hubiese sumergido en un baño de oro (131)

3. CONCLUSIONES

Asensio Sáez nunca renunció del todo a plasmar en su literatura la realidad que le circunda. No son pocos los cuentos en los que, de manera decidida, cede el protagonismo a ciertos seres desvalidos: mineros atados a la mecedora, consumidos por la enfermedad, prostitutas de poco lustre, pobres de soledad, damas venidas a menos que sólo viven del recuerdo, campesinos que esperan angustiosamente la lluvia que salve su exigua cose-

cha... Nadie podrá reprochar al escritor de La Unión el haberle dado la espalda a los sucesos que tienen lugar durante la época que le tocó vivir. En el estudio preliminar que lleva a cabo Dean-Thacker del libro *Boda civil y otros cuentos*, se deja claro que “Sáez no se distancia del lector, sino que se establece en el mismo plano que éste, compartiendo con él sus momentos de preocupación y suspense, de observación de la gente y sus vidas en los pueblos, y sobre todo, del humor que él encuentra en casi todas las facetas de la vida y la muerte” (11). Es, pues, notario de una realidad social que resulta ineludible. Pero esa circunstancia no le convierte, únicamente, en un escritor de su tiempo, en una especie de notario de aquello que le rodea en un pueblo como La Unión que hace décadas que vive anclado en sus ruinas, ajeno al progreso. Asensio Sáez invita a soñar al lector. Y sacrifica una buena parte de esa realidad por una estética preciosista. La forma está un paso por delante del fondo, de la temática que aquí nos ofrece. Esa belleza no deja de ser un mecanismo de defensa contra esa verdad que a todos nos angustia. Es preciso crear una senda por la que poder fugarse, envolver en papel de celofán la vulgaridad asfixiante que nos circunda. Y encuentra en el Modernismo, aún no finiquitado del todo, presente en la obra literaria y también en la pintura de Asensio Sáez, el mejor aliado para conseguir su propósito.

BIBLIOGRAFÍA

- Belmonte Serrano, J. (1986). “Introducción biográfica y crítica”. En *Cuentos*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, pp. 7-63.
- Dean-Thacker, V. (1994). “Introducción”. En *Boda civil y otros cuentos*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, pp. 9-16.
- Páez Burruezo, M. (1980). “Pintura”. En *Historia de la Región de Murcia*. Ediciones Mediterráneo. Murcia, pp. 328-363.
- Pérez Sánchez, J. A. (2005). *Asensio Sáez: Paisaje mítico y místico de La Unión*. Consejería de Educación y Cultura. Murcia.
- Sáez, A. (1950). *Cuatro esquinas*. Editorial Levante. Cartagena.
- Sáez, A. (1977). *Libro de La Unión*. Biografía de una ciudad alucinante. Diputación Provincial de Murcia. Murcia.
- Sáez, A. (1979). *Parte de Murcia*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.
- Sáez, A. (1982). *Vivir no era una fiesta*. Caja de Ahorros de Alicante y Murcia. Orihuela.
- Sáez, A. (1986). *Cuentos*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.